MIGUEL ARTIGAS

GÓNGORA

RESUMEN BIOGRAFICO

Trabajo publicado en el «Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles — — Artes de Córdoba» — —

1927
Tipografía Artística.-San Álvaro, 17
CORDOBA

MIGUEL ARTIGAS

GÓNGORA

RESUMEN BIOGRAFICO

Trabajo publicado en el «Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles — — Artes de Córdoba» — —

1927
Tipografía Artística. - San Álvaro, 17
CORDOBA

GÓNGORA. - RESUMEN BIOGRAFICO

MIGUEL ARTIGAS

GÓNGORA

RESUMEN BIOGRAFICO

Trabajo publicado en el «Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles — — Artes de Córdoba» — —

1927
Tipografía Artística. - San Alvaro, 17
CORDOBA

GÓNGORA

RESUMEN BIOGRÁFICO

En los últimos meses del año 1921, la catalogación de algunos manuscritos de Góngora que se guardan en la Biblioteca de Menéndez Pelayo en Santander, me llevó como de la mano al estudio detenido de las obras, de los sucesos, de la vida del gran poeta cordobés.

Fruto de mis trabajos e investigaciones fué el libro que premió y ha hecho imprimir la Real Academia Española. Recogí en él cuantas noticias ciertas había sembradas en diversas publicaciones y tuve la fortuna de poder añadir algunos datos nuevos y desconocidos.

Procuraré resumir ahora en pocas páginas la biografía de Góngora.

Fué bautizado en la parroquia del Sagrario el día 12 de Julio de 1561. Era hijo de don Francisco de Argote, Licenciado en Cánones y Juez de bienes confiscados de la Inquisición, y de su mujer doña Leonor de Góngora. Le pusieron el nombre de Luís en memoria de su abuelo materno, que así se llamaba, y más adelante usó siempre el apellido de su madre, Góngora, o por mejor decir el de un hermano de su madre, don Francisco de Góngora, racionero de la Catedral de Córdoba, quien fué renunciando poco a poco en su sobrino todos sus beneficios y sinecuras eclesiásticos; porque si bien es cierto que en el siglo XVI no estaba legalmente ordenado el uso de los apellidos, aun dentro del capricho, se solía atender, al adoptar uno, a los favores recibidos de algún familiar que lo llevaba. Otras veces el testador impone la condición del uso de su apellido al hacer mercedes y fundar mayorazgos.

Los beneficios eclesiásticos vinculados en la familia de los Góngora, procedían, sin duda, de cierto eclesiástico apellidado Fal-

ces, secretario de don Alonso Manrique, el Inquisidor General, protector de Erasmo. Este Falces, racionero de Córdoba, tenía una sobrina, Ana de Falces, que casó con don Luís de Góngora, el abuelo del poeta.

El padre, don Francisco Argote, era hombre muy docto, amigo de doctísimos varones (Ambrosio Morales, Ginés de Sepúlveda, Guajardo Fajardo) y poseía en su casa de Córdoba una riquísima Biblioteca.

Una frase de Ambrosio de Morales que nos ha transmitido Vaca y Alfaro en su libro manuscrito *Varones ilustres en letras, naturales de Córdoba,* ilumina como un relámpago la natural obscuridad de los años de la infancia del poeta. Dice el citado manuscrito, que el famoso cronista, sorprendido por las agudezas del pequeño Góngora, solía decirle: ¡Qué gran ingenio tienes, muchacho!

Sabemos también, de buena tinta, que siendo niño sufrió don Luís una terrible caída en la Huerta del Rey que le puso en peligro de muerte.

No conocemos el nombre de su maestro de primeras letras y suponemos, con bastante probabilidad de acierto, que estudió Humanidades en el Colegio de los Padres de la Compañía, establecido en Córdoba desde el año 1553 y en el cual recibían educación e instrucción los jóvenes de las mejores familias cordobesas. La de Góngora, tanto por parte de padre como de madre, era de las de la *cepa de Córdoba* y descendía de los conquistadores de la ciudad.

Cuando cumplió quince años fué a estudiar Cánones a la Universidad de Salamanca en compañía de un ayo, el Bachiller Francisco León. En los libros del Archivo de la Universidad se encuentra el asiento de matrícula de Don Luís en los cuatro años desde 1576 a 1580, y es de notar que en el último año el nombre del poeta aparece en la corta lista de los estudiantes *generosos:* nobles y dignidades.

No se licenció en Salamanca, ni parece que aprovechó gran cosa en los estudios de leyes; pero en Salamanca se dió ya a conocer como poeta y es más que probable que frecuentase la amistad y trato del célebre humanista Francisco Sánchez de las Brozas, comentarista del poeta cordobés Juan de Mena y de Garcilaso.

El pupilero Licenciado Aguilar, demandó, en el año 1582, al padre de Góngora por 100 ducados que aseguraba le dejó a deber el estudiante. Padre e hijo protestan y en el poder que otor-

gan aseguran que durante la estancia de Góngora en Salamanca el Aguilar había recibido, por alimentos del pupilo, más de 2.000 ducados. Esta cantidad, dado el valor de la vida y del dinero en el siglo XVI, nos hace suponer que el estudiante de Cánones se trataba a cuerpo de rey, si no es que malgastó una gran parte de estos ducados en la alegre y suelta vida escolar, en aquel avispero de gente maleante.

Parte de estos ducados era propiedad de don Luís, rentas de algunos beneficios que le había cedido su tío el racionero; beneficios además muy saneados, a lo que parece por los documentos; pues cobraba las rentas con una mano y recibía con la otra, adelantadas por su tío, las cantidades de estas mismas rentas.

Pocos años después de su regreso de Salamanca, a los veinticuatro de su edad, recibió las órdenes mayores, Epístola y Evangelio, y empezó a disfrutar, por renuncia de su tío, la ración familiar en el Cabildo de Córdoba.

Muy pronto el ingenio, el talento, la desenvoltura y buenas maneras de Góngora le hicieron una de las principales figuras del Cabildo, que no solo le confiaba embajadas diplomáticas, visitas, cumplimentos, enhorabuenas a Obispos, Comunidades, Corporaciones y personas de viso, sino también cargos de verdadero empeño y responsabilidad, como Diputado de Cabeza de Rentas, Secretario Capitular, etc., etc. Le encomendaron también, varias veces, la formación de expedientes de limpieza de sangre de los nuevos prebendados. Con todos estos encargos y embajadas recorre media España, pasa varias veces por la corte y trata y frecuenta familias aristocráticas y linajudas.

Con ocasión de una santa visita mandada hacer por el piadoso Obispo Pacheco en el año 1588, cuyas actas se conservan, sabemos algo de la vida privada del joven racionero. No se distingue por su asiduidad al coro, ni por su devoción; frecuenta la amistad de los cómicos que pasan por Córdoba, *por ser tan aficionado a la música,* le gusta ver lidiar los toros y tiene fama de ser el poeta satírico de la ciudad; pues a él se le achacan todas las sátiras ingeniosas que se recitan en los mentideros. A través de la graciosísima defensa que el propio Góngora hizo contra estas acusaciones en presencia del Obispo, se trasluce la vida alegre, fastuosa y regocijada de un prebendado (no sacerdote), rico y andaluz, de veintisiete años.

Sigue cultivando la poesía como una diversión más, y sólo en

algunos sonetos a la petrarquesca, tan de moda en la época, toma su arte aire serio y nos deja adivinar la existencia de una honda pasión amorosa que llena su juventud:

Gallardas plantas que con voz doliente
Al osado Faetón llorasteis vivas
Y ya sin invidiar palmas, ni olivas
Muertas podeis ceñir cualquiera frente.

Assi del Sol estivo al rayo ardiente
Blanco coro de Náyades lascivas
Precie mas vuestras sombras fugitivas
Que verde margen de escondida fuente:

Y assi bese (a pesar del seco Estío)
Vuestros troncos y aun tiempo pies humanos
El raudo curso deste undoso río

Que lloreis (pues llorar solo a vos toca
Locas empresas ardimientos vanos)
Mi ardimiento en amar, mi empresa loca.

Nada sabemos concretamente de estos amores y son cábalas sin fundamento cuanto sobre esto se ha escrito. Ni hay para que mezclar con este asunto cierta pendencia y ciertas estocadas que se repartieron entre don Luís y don Pedro de Angulo, su primo, de una parte, y don Rodrigo de Vargas y el señor de Albaida, de otra; porque en aquellas décadas por un *vos* o por una mirada impertinente, se metía mano a la espada.

En uno de sus viajes, en el que hizo a Salamanca para felicitar al Obispo don Gerónimo Manrique, electo para la mitra de Córdoba en 1593, cayó enfermo de gravedad, y durante su estancia en Salamanca o en alguna excursión a Alba de Tormes, conoció a Lope que estaba de Secretario con el Duque.

En otro viaje que con otra embajada gratulatoria hizo a Valladolid en el año 1602, cuando la corte residía en esta ciudad, frecuentó al parecer la amistad de los poetas y escritores que paseaban pretendientes y muy mal contentos del Pisuerga y del pobre Esgueva, por las calles de Valladolid. Disputó a décimas, no muy limpias, con Quevedo y se hizo admirar y obsequiar por los jóvenes de la nobleza que pulsaban la lira.

En Valladolid debió acometerle Pedro de Espinosa, para sacarle las numerosas composiciones que insertó en las *Flores de Poetas ilustres*, antología de los nuevos gustos literarios. También coincide la estancia de Góngora en la ciudad del Pisuerga con

la impresión de un nuevo *Romancero general*, que recoge los más conocidos y sabidos romances del cordobés. Era, pues, Góngora en los comienzos del siglo XVII, a pesar de no haber publicado libros, uno de los poetas más conocidos de España. La generación vieja sabe de coro sus letrillas y romances y *los nuevos* ponen por las nubes sus sonetos y canciones.

Puede sospecharse, por algunas composiciones que dedicó Góngora al Marqués de Ayamonte y a la familia de este prócer, por los años de 1606 a 1607, cuando se tuvo por cierta la nueva de que iba a ir el Marqués a ser Virrey de Méjico, que Góngora se hizo alguna ilusión de pasar con él a Nueva España. Algo más que sospechas tenemos de que también pretendió formar parte de la famosa corte literaria que llevó el Conde de Lemos a Napóles. Le visitó en Monforte y le esperó en Madrid algunos meses. Su mala fortuna en estas y otras pretensiones, era debida indudablemente a la altivez de su carácter que no se avendría a pedir y solicitar con insistencia; a lo mas, llegaría a dejarse rogar.

Se enzarzó de nuevo, en Madrid, en disputas con Quevedo, al mismo tiempo que en Sevilla, con ocasión de un certámen literario, en honor de San Ignacio de Loyola, al verse pospuesto, satiriza al P. Pinedo y se gana la antipatía de Jáuregui. Sigue preocupado con su poesía cortesana, canta la toma de Larache (1610) y toma parte muy principal en la solemne y poética conmemoración que de la muerte de la Reina Doña Margarita (1611) hicieron los cordobeses.

Don Luís iba a cumplir los cincuenta, tenía un sobrino, hijo de su hermana Francisca, ya clérigo, que necesitaba levantar las cargas de su casa, el ejemplo de Falces y de don Francisco de Góngora, le muestran el camino: cede la coadjutoría y futura posesión de su prebenda al sobrino, a quien en la pila bautismal habían llamado también Luís.

Libre ya de la asistencia al coro y de las embajadas del cabildo, viaja y trabaja. En este año de 1612 compuso sus dos poemas famosos *El Polifemo* y *Las Soledades*, que marcan, éstas sobre todo, en la literatura española el término de una dirección literaria que comenzó con Boscan, y quizá a pesar de sus defectos y prejuicios, el momento de mas alta inspiración poética, en nuestro parnaso.

Las Soledades, pueden en cierto sentido considerarse como una obra colectiva de la tertulia de poetas y eruditos que rodeaban

y admiraban en Córdoba a don Luís. Sobre todo en la propagación y defensa de estos poemas, tomaron los cordobeses amigos de don Luís una parte muy activa. Terminados *El Polifemo,* y la primera *Soledad,* se enviaron algunas copias de estos poemas a Madrid. Que sepamos con certeza por lo menos dos. Una al poeta cordobés don Pedro de Cárdenas, con el encargo preciso de que los mostrase a Pedro de Valencia, el famoso filósofo y hombre el más insigne entonces en letras humanas y divinas en España, y de que solicitase su aprobación y consejos. Otra copia le fué remitida a Andrés de Almansa y Mendoza, gacetillero incansable, correveidile de la corte, que no se contentó con darlos a conocer a todo el mundo, sino que se arrojó además a escribir sobre ellos unos comentarios que deben ser regocijantes. Pedro de Valencia contestó a la consulta con una larga carta muy conocida, pero torcidamente interpretada casi siempre. En ella, si es verdad que pone algunos reparos a los poemas, también lo es que alaba sobre todo *Las Soledades,* suplicándole *nos dé partos propios y dignos de su ingenio qual me parece que va nasciendo este de Las Soledades.* Una prueba de lo mucho que estimaban y agradecían Góngora y sus amigos la Carta de Pedro de Valencia, es el celo con que la guardan y las instancias con que la reclaman del alcalde de Luque a quien se la habían prestado.

El efecto que produjeron *Las Soledades,* conocidas por copias manuscritas que se multiplicaron en el mundo de los poetas y humanistas, fué extraordinario. Se entabló entonces una polémica o mejor una serie de polémicas entre amigos y enemigos de Góngora, cuyo relato llenaría muchas páginas.

En general puede decirse que los poetas (Lope, Jáuregui y Quevedo entre otros) se mostraron enemigos acérrimos, al menos en teoría, y que los humanistas (salvo Cascales y algún otro), partidarios y defensores de palabra y obra de los poemas de Góngora. *Las Soledades,* según el plan de Góngora, habían de ser cuatro: la *Soledad de los Campos,* que es la primera; la *Soledad de las Riberas,* los 979 versos de la segunda; la *Soledad de las Selvas* y la *Soledad del Yermo* que no las llegó a escribir. ¿Por qué dejó interrumpido su gran poema? No lo sabemos; pero hombre altivo, irritable y poco amigo de andar en lenguas, acaso se molestó por las disputas levantadas en torno a sus poesías.

El año de 1614 intervino, al parecer muy activamente, en las

fiestas que consagró Córdoba a la beatificación de Santa Teresa, y en Córdoba estuvo también durante el año 1615.

En el siguiente 1616, debió asistir a las Fiestas que organizó el Cardenal Sandoval y Rojas, tío del Duque de Lerma, para celebrar la traslación de la imagen de nuestra señora del Sagrario a la nueva capilla, y en estas fiestas se leyeron y aplaudieron composiciones de don Luís. Sin duda se aficionó a él el Cardenal Toledano, protector como es sabido de Cervantes y de Espinel; pues entre los miembros de su familia y casa, acude el autor de *Las Soledades* a las fiestas conque el Duque celebraba en Lerma, la traslación del Santísimo Sacramento a la Iglesia Colegial (1617).

Antes de este viaje concedió el Rey a Góngora una Capellanía real y como todavía no era sacerdote se apresuró a ordenarse. Como acción de gracias empezó a escribir el *Panegírico del Duque de Lerma* que dejó sin terminar.

La Capellanía le obligaba a residir en Madrid, y desde este año de 1617 se hace vecino de la capital de la Monarquía.

Ha sido una verdadera fortuna el que se nos hayan conservado más de un centenar de cartas de Góngora escritas desde Madrid a dos amigos suyos cordobeses: al Licenciado Cristóbal de Heredia, clérigo, dueño de pingües haciendas y administrador de las desmedradas del poeta, y al caballero D. Francisco del Corral. Por estas cartas podemos adivinar la vida y fortunas de Góngora en Madrid.

Hay que rectificar la especie de que fuese un pretendiente vulgar o un ambicioso de nombre y fama. Yo sospecho que en cierto modo su fama le perjudicaba para sus pretensiones, que no eran de medro personal inconsiderado y fátuo, sino deseos de levantar su casa, la casa de los Góngoras, de Córdoba, venida muy a menos por azares de la suerte.

Muerto su hermano Juan que, como regla, había heredado el mayorazgo, viuda su hermana Francisca con varios hijos y despegada de la familia su otra hermana María, era él quien únicamente podía sostener el peso de la ruina que amenazaba. Por eso fué a Madrid y por eso se afana. La fortuna jugó con él y le burló a menudo. Protegido, sobre todo, por el Conde de Lemos, por Villamediana y por don Rodrigo Calderón, en pocos años vió caer en desgracia y pasar a mejor vida a sus valedores.

El Marqués de Siete Iglesias gestionaba para él la Chan-

tría de Córdoba en el año 1619; pero ya entonces se notó lo desvalidos que andaban don Rodrigo y el Duque de Lerma, pues un criado de la casa de Alba, también poeta, Fernando de Soria, les ganó la partida.

La trágica muerte de Calderón y antes la muerte del Rey don Felipe III y el cambio de gobernantes y validos, fueron grandes obstáculos para sus aumentos.

Mientras tanto, como don Luís fué siempre muy esclavo de la nobleza de su casa y del lustre de sus apellidos y como además era el poeta más solicitado por los nobles, que entonces gustaban en extremo de las bellas letras, le aconteció que su presupuesto se fué desnivelando, que sus vestidos, su coche y sus caballos necesitaban frecuentes reparaciones y que los ingresos, a cada gasto extraordinario, menguaban.

Frecuenta las tertulias más aristocráticas, come en las mejores mesas, su casa es en ocasiones el punto de cita de la nobleza que prepara fiestas y certámenes; pero los ducados que vienen de Córdoba son menos cada vez y la renta de la Capellanía real, insignificante.

Claro es que tampoco podemos tomar como artículo de fe todos los agobios y apuros que tan pintoresca y graciosamente describe en sus cartas de solicitante ingenioso que tiene que convencer al apocado Heredia y mover la voluntad del caballeroso don Francisco. La prueba de que las cartas no dicen la verdad entera, es que en el testamento del poeta, que es sobre todo una confesión y reconocimiento de deudas, no ascienden éstas a 4.000 reales. Algunas contrajo en el juego, al que fué siempre muy aficionado.

El ingenio y el nombre de Góngora pudieron pronto deshacer el muro de hielo que naturalmente separaba a los nuevos ministros, del amigo y protegido de los Calderones y Lermas.

El Conde Duque, por admiración al poeta o por temor al satírico, le admitió pronto entre sus amigos, llegó a concederle hasta tres hábitos de Santiago, para tres deudos de Córdoba, le instó mucho para que publicase sus poesías y le concedió una pensión de 4.000 ducados situada en Córdoba. Si la disfrutó el poeta debió ser durante muy poco tiempo; porque Olivares le prometió la firma y despacho para cuando S. M. regresase del viaje a Aragón (1625). Para entonces Góngora había sufrido el ataque apoplético o la embolia que *se le atrevió a la cabeza* trastornando su memoria. La reina Isabel de Borbón, musa un

tiempo de alguna de las más hermosas composiciones de Góngora, le envió sus médicos para que le asistiesen. Mejoró notablemente, y en busca de la salud perdida y acaso también para distrutar la nueva prebenda o pensión, marchó a Córdoba y en su amada ciudad

¡Oh siempre gloriosa patria mía
Tanto por plumas cuanto por espadas!

cerró sus ojos a la luz, el día 23 de Mayo de 1627.

Ha corrido y corre todavía muy válida la especie en libros y librejos, de que el poeta cordobés murió loco y no faltan críticos que buscan en esta supuesta perturbación mental la explicación del estilo de sus grandes poemas.

Bastaba que estos críticos hubieren leído las cartas del poeta que tienen sus fechas bien a la vista, si es que no se querían entretener en estudiar la cronología de sus versos. Es sin embargo más cómodo fantasear agudamente que acudir a los desabridos documentos y pruebas. La enfermedad de Góngora es el caso repetido todos los días de pérdida por un trastorno cerebral de la memoria de los sucesos próximos y en cambio el recuerdo vivo de los lejanos. Fué sepultado en la Capilla de San Bartolomé de la Catedral, donde estaban enterrados sus padres y deudos.

Pocos meses después de la muerte de Góngora apareció la primera edición de los *versos* que él nunca se decidió a publicar. Siguieron otras ediciones y la fama de Góngora se extendió; aunque a decir verdad era tal el entusiasmo y fervor por su poesía antes de su muerte entre los contemporáneos que asombra el número de citas, imitaciones, parodias e influencias. No ha habido seguramente en España si no es Garcilaso, poeta más leído y recitado.

En los Colegios de Jesuítas, en las veladas solemnes, era costumbre declamar *Las Soledades* y los mismos enemigos de la nueva poesía sabían de coro los anatematizados poemas.

Su influencia en la lengua y en la literatura españolas fué grandísima; enriqueció notablemente el léxico, abrió nuevos caminos a la imaginación de los poetas, hizo flexible y apta para más complicadas expresiones la sintaxis. Después de Góngora la literatura española en prosa y en verso cambia de se blante; Calderón y Gracián son sus discípulos más sobresalientes y ningún escritor se libra del influjo gongorino. Que hubo excesos,

torpezas y desafueros en los imitadores es innegable; pero ahí están las obras de don Luís, fuente inexhausta a la que vuelven otra vez, hoy más que nunca, los sedientos de inspiración, de arte y de dignidad poética.

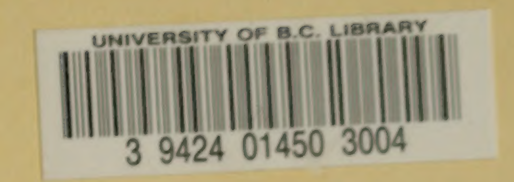
Quedan todavía muchos puntos oscuros y sucesos poco o nada estudiados en la vida de Góngora y problemas hondos de estética y de estilística en sus obras.

Pero ya vienen días de luz para el poeta, apasionan de nuevo sus versos y yo espero y deseo ardientemente que muy pronto se diga con justicia de mi *Don Luís de Góngora y Argote* que es un libro anticuado.

MIGUEL ARTIGAS.

Santander, Marzo 1927.




UNIVERSITY OF B.C. LIBRARY
3 9424 01450 3004



